

principales causas de la indiferencia de los hombres hácia las obras del Señor. Si estimasen cual deben el conocer á Dios, buscarian con empeño todas las ocasiones de asegurarse y perfeccionarse en este sublime estudio, y en el amor á su Criador, que es á un mismo tiempo su fruto y su mas dulce recompensa.

La mayor parte de los habitantes de la tierra, se pueden reducir á alguna de las clases que acabamos de indicar. Por lo menos es cierto que hay bien pocos que estudien como debieran las obras del Altísimo, y hallen en ellas su complacencia. Hé aquí una verdad de la que vemos las pruebas mas tristes todos los dias. ¡Ah! ¡pluguiese á Dios que conociésemos en fin cuán poco nos conviene ser tan insensibles y desatentos á las obras del supremo Hacedor, y cuánto nos envilecemos y degradamos haciéndonos inferiores aun á los brutos! que, ¡hemos de tener ojos, y no los hemos de abrir para ver las maravillas que por todos lados nos rodean! ¡Tendremos oídos, y no escucharemos los himnos que entona la naturaleza á su Criador! ¡Desearemos contemplar á Dios en el mundo venidero, y rehusaremos considerarle sobre la tierra en sus admirables obras! Renunciemos á una indiferencia tan criminal; tomando con el mayor interés la contemplacion de la naturaleza, sentiremos en adelante algo de aquel júbilo de que estaba penetrado David siempre que consideraba las obras, la magnificencia y la gloria de su Autor.

Se fatigan los hombres en inventar recreos que no tardan en disgustarlos, mientras que la naturaleza, con una bondad maternal, ofrece á todos sus hijos el menos costoso, el mas inocente y el mas durable de los placeres. Este es el que gozaban nuestros primeros padres en el paraíso terrenal, y sola la depravacion de los hombres es la que les hace buscar nuevo género de diversiones. Por poco que hayamos conservado la primitiva sencillez, es casi imposible no hallar mil encantos que contemplar en la naturaleza. Así el pobre como el rico pueden proporcionarse este placer y gusto; pero esto es precisamente lo que disminuye su precio. ¡Cuán insensatos somos! Nada debiera dar mayor valor á un bien que el pensamiento de que constituye la felicidad de todos; ¡y estimamos en poco lo que los demás gozan con nosotros!

En comparacion de este placer tan noble y eficaz, ¡cuán frívolas y engañosas son esas diversiones tan estudiadas y magníficas que busca el poderoso con tantos cuidados y gastos! Propias únicamente á ligarnos á nosotros mismos, dejan un vacío horroroso en nuestra alma, y siempre causan enfado y disgusto, en lugar de que la rica y benéfica naturaleza ofrece continuamente á nuestra vista nuevos objetos. Todos los placeres, que no son obra sino de nuestra imaginacion, duran muy poco, y son tan pasajeros como un hermoso sueño, cuyos encantos é ilusión se desvanecen en el momento de despertar; mas los placeres del espíritu y del corazón, aquellos que gustamos contemplando las obras de Dios, son sólidos y constantes, porque nos abren una fuente inagotable de nuevas delicias. El cielo estrellado, la tierra esmaltada de flores, el canto melodioso de las aves, el dulce murmullo de las fuentes, el curso majestuoso de un río, los varios paisajes y otros mil puntos de vista á cual mas encantadores, nos ofrecen continuamente nuevos objetos de satisfaccion y de alegría; y si somos insensibles á ellos, es porque miramos sin atencion y con indiferencia las obras de la naturaleza. La gran ciencia del cristiano consiste en saber aprovecharse de todo cuanto le rodea, y tener el arte de hacerse feliz en cualquiera circunstancia á poca costa, y sin que padezca por ello la virtud.

Siempre nos es útil por todos respectos el estudiar la naturaleza, y con justa causa la podemos llamar una escuela del corazón, porque nos enseña claramente las obligaciones que tenemos para con Dios, para con nosotros mismos y con nuestros prójimos. ¿Por ventura hay cosa que me pueda inspirar una veneracion mas profunda á mi Dios, que el pensar que es él quien no solo ha sacado de la nada el globo de la tierra, sino que le ha suspendido en el vacío con todas las criaturas que encierra; que su mano poderosa es la que contiene al sol en su órbita y al mar en sus riberas? ¿Puedo yo anonadarme bastante en presencia de aquel Señor que crió estos globos innumerables que ruedan sobre mi cabeza? ¡Pudiera yo no temblar con solo el pensamiento de ofender á este Dios, cuyo ilimitado poder tengo siempre á la vista, y que puede con sola una mirada aniquilarme!

No es menos propia la contemplacion de la naturaleza para llenarme de amor y de reconocimiento á su Autor. Por todas partes me predica á voces esta consoladora verdad: *Dios es caridad*. La caridad empeñó á Dios en manifestar su gloria por la creacion del mundo, y en comunicar á otros seres alguna parte de la felicidad que halla en sí mismo. Por esto crió el universo y una innumerable multitud de criaturas, para que todas, desde el arcángel hasta el gusanillo, espermentasen, cada una segun su naturaleza y capacidad, los efectos de su bondad divina. Pero sobre todo, ¡qué pruebas no puedo yo descubrir considerándome á mí mismo! El Criador me ha dotado de razon, no solo para gozar de sus beneficios, mas tambien para reconocer y sentir este amor con que me honra, y que realza infinitamente el precio de sus favores. Quizo que yo dominase á los animales, y que les hiciese servir á mis necesidades y conveniencias. Para mí principalmente es para quien produce la tierra frutos con tanta abundancia. Pues tantos beneficios como disfruto cada día, y á los cuales debo la continuacion de mi existencia, el amor tan desinteresado de este gran Ser que nada puede recibir de sus criaturas, y cuya felicidad no es susceptible de aumento; tantas bondades; pudieran no moverme ni escitar mi reconocimiento, y no empeñarme en volver amor por amor á mi Criador benéfico!

En fin, la contemplacion del universo y de las perfecciones de Dios que en él se manifiestan con tanto brillo, deben naturalmente llenarme de confianza. ¡Cuál pues no debe ser mi tranquilidad estando mi suerte en las manos de aquel Señor, de cuyo poder, sabiduría y bondad tengo tantas pruebas como criaturas hay delante de mis ojos! ¡Hay acaso alguna perplejidad, algun embarazo, algun peligro de que no pueda sacarme el que estendió los cielos, y formó todas las criaturas de un modo tan prodigioso! ¿Y quién podrá impedirme el recurrir á él en todas mis necesidades, y esperar que escuchará mis oraciones?

No puedo concebir que haya sentimientos interesados y bajos en el corazón de un hombre que contemplando la naturaleza, descubre por todas partes rasgos de la infinita beneficencia del Altísimo, que no se propuso menos la felicidad particular de cada individuo, que el bien universal del mundo entero. Por poco que reflexione sobre la conducta de la Providencia, es imposible que no me mueva vivamente la bondad del Señor y sus paternales cuidados de todo lo que existe. Y seria menester que un corazón estuviese en extremo depravado, para que esta beneficencia universal del Criador no le inspirase el deseo de imitarla. ¿No es natural, que á ejemplo de este gran Dios, que *hace nacer el sol sobre los malos y los buenos, y envia la lluvia sobre los injustos como sobre los justos* (1), tenga yo una sin-

(1) San Mateo, V. 43.